

Las tropas sólo esperaban la orden del victorioso jefe, para hacer fuego sobre aquellos infortunados!

¿Por qué vacilaba?

¿Por qué, pensativo y embargado su ánimo, parecía olvidarse de cuanto le rodeaba?

De repente, fulgor extraño iluminó sus ojos; una idea gigante, un pensamiento único y sublime, se sobrepuso en él á vulgares pasiones y á justo rencor, avasallando todo su sér.

Clara, firme, vibrante, resonó la voz del ínclito guerrero.

“Este es el momento, dijo, de manifestar á mis enemigos y al mundo la venganza que el General Bravo quiere tomar contra los asesinos de su padre y los opresores de su Patria.

“Ordeno vuestra libertad; en la Costa os aguarda un buque: si otra vez alguno de vosotros aparece en este país, pagará con la vida.

“Id á decir á vuestro rey que este es el modo con que la República se vengará de sus enemigos.”

Tan generosas palabras son monumento imperecedero que, resistiendo á la labor de los siglos, harán querida y sagrada, en México, en América y en el mundo civilizado, la memoria de D. Nicolás Bravo.

Hoy, una viajera, una peregrina, una hija de esa clásica tierra de hidalguía y acendrado patriotismo, rinde en estas páginas un humilde pero sincero tributo de entusiasta admiración, en el centenario del generoso soldado de la Independencia, del hombre ante cuya tumba se inclina con respetuosa veneración la humanidad.

México, 1886.

BARONESA DE WILSON.

A LA MEMORIA

DEL ILUSTRE GENERAL

NICOLÁS BRAVO.

I

Todo tiende á su fin; hay una mano
Que lo dirige y lo gobierna todo,
Y es la que hace brotar á maravilla,
Con su poder fecundo y siempre nuevo,
La selva y el pensil sobre el pantano,
Y el celaje blanquísimo del lodo,
Y la fragata y el condor del huevo:
La libertad, instinto soberano
Que en todas las criaturas resplandece,
Pues que le rinden culto
Desde el águila real hasta el gusano,
Como el gérmen ya adulto
Que, aunque invisible é ignorado, crece
Pronto á surgir y á trasformarse en flores
Al tibio beso de la luz divina
Y del sol tropical á los ardores,
En el pecho latió del mexicano:
Su grito de Dolores,
En que su eterna angustia al fin estalla,
Y en que su triste esclavitud termina,

Pues el siervo infeliz tan sólo es siervo
 Mientras la frente á su opresor inclina,
 Fué el reto á la batalla
 Con que encendió las iras del tirano
 Que á su infortunio destinó la suerte,
 Sin medir ni su empuje ni su talla,
 Con el desden del débil porque sabe
 Que el arrojo viril lo torna en fuerte
 Y que no hay opresion que no se acabe,
 Con bravura peleando y con firmeza,
 Ya que no con el triunfo, con la muerte:
 ¡Que cuando un pueblo escucha
 La voz de ¡Libertad! y se endereza,
 Decidido á morir con frente altiva,
 En la terrible lucha
 Que su valor afronta y su entereza,
 Es el David que á los Goliat derriba,
 Y que pone la planta en su cabeza!

II

Tras un instante en que brilló la aurora
 Derramando á torrentes la esperanza,
 De un eterno dolor consoladora,
 Al inundar con sus serenas luces
 De confin á confin la lontananza,
 Como jamás azul y cristalina,
 Negra y terradora
 Sobrevino la noche repentina,
 Enlutando el zafir con sus capuces
 Al hundirse en las sombras del Poniente
 Y al apagar su incomparable tea
 El astro que al zenit llegó en las Cruces:
 Y vertió desde allí fulgor inmenso
 La venerable frente
 Que concibió de libertad la idea,
 Al ascender la hostia sacrosanta

Entre columnas de aromado incienso,
 Y que ciñó despues en la pelea,
 Que al opresor espanta
 Y hace temblar la torpe tiranía,
 Los laureles del triunfo, arrebatados
 A la deidad sangrienta del combate
 Por el audaz valor de sus soldados,
 A quienes ni Pavía,
 Ni el Dos de Mayo, ni Bailén aterra,
 Porque el amor en sus entrañas late
 Con que lucha el patriota por su tierra,
 En el polvo yacia. . . .
 ¿En el polvo? ¡Jamás! Cuando la gloria
 Pone un beso de luz en unas sienas
 En que cayó la baba del insulto;
 Cuando en el libro esculpe de la Historia,
 Sus páginas honrando,
 Los nombres de los mártires á quienes
 La humanidad venera y rinde culto,
 Sus ínclitas hazañas ensalzando
 Y los grandiosos y fecundos bienes
 Por que murieron, sin cesar peleando;
 Cuando en el alma generosa imprime
 De una generacion, que se despierta
 Y de ominoso yugo se redime,
 La hermosa faz ya muerta
 Del héroe, del campeón, del que ha escogido
 Para vencer la Libertad sublime
 Y levantar á un pueblo de la escoria,
 ¡A nadie es permitido,
 Por más rencor ó envidia que lo anime,
 Ni oscurecer su espléndida memoria,
 Ni sus triunfos hundir en el olvido!
 ¿En el polvo? ¡Jamás! Que la Victoria
 Sus nobles canas al ungir, benditas,
 Quiso que fueran tras la heróica muerte
 Con que al mundo mostró y al mexicano
 Cómo afronta el martirio un hombre fuerte,

Ejemplo de virtudes infinitas,
 Y vergüenza y oprobio del tirano
 En la cima triunfal de *Granaditas*:
 Que si la luz en erupeiones brota,
 Y al espíritu humano,
 Es decir, las erguidas muchedumbres,
 Viento de tempestad terrible azota,
 No hay cumbres comparadas á las cumbres
 Del cadalso ó la cruz ó la picota. . . .

III

Pintar el espantoso cataclismo
 Despues del *fiat lux*; el firmamento
 Formando á las tinieblas y al abismo,
 ¿Qué pincel vigoroso habrá que pueda
 Ni qué robusto y varonil acento? . . .
 Era más que la noche; era la nada,
 La duda, el desaliento que nos queda
 Cuando, por el destino destrozada,
 Nuestra ilusion más noble y levantada
 Cae en la sombra y en el polvo rueda;
 Ese letal vacío
 Que á la dulce esperanza sustituye
 Cuando un soplo de muerte rudo y frío
 Que ni á la flor más pura le perdona,
 Todo lo hiela y todo lo destruye,
 Y la bendita fe nos abandona,
 Y la confianza de nosotros huye:
 ¡La tempestad, más negra y más bravía,
 Y más aterradora á cada instante,
 En desastres y en víctimas fecunda,
 Del horizonte la extension barria,
 Y azotaba el semblante
 De nuestra hermosa Patria moribunda!

IV

A presencia de Dios; del que los cielos
 Con un soplo de su hálito gigante
 De luz y de orbes y de vida inunda;
 Del que hizo libres los augustos vuelos
 Del águila arrogante,
 Y el altivo condor-inteligencia
 En la azulada inmensidad profunda;
 Del que rasgó los tenebrosos velos
 Del egoismo y la maldad impía,
 Legando al mundo la preciosa herencia
 Del amor y del bien, sublime y santa;
 El colosal Morelos,
 Profeta, y gladiador robusto y bravo
 Que pisando laureles adelanta,
 De Anáhuac *declaró* la independencia,
 Que bajo el yugo vireinal gemia,
 De la humana razon y la conciencia
 Con burla y con oprobio y menoscabo;
 Rompiendo audaz en tan solemne dia
 Las odiosas cadenas del esclavo
 Y el cetro vil de oscura tiranía:
 ¡La inextinguible idea
 De libertad que por doquier estalla,
 Resuelto á defender en la pelea,
 El dios del exterminio y la batalla
 Aunque contrario al combatir le sea!
 Ya desde el *Veladero* lo seguia
 La plebe, el *populacho*,
 La multitud, la *chusma*, la *canalla*
 Que, de su genio al esplendor notorio,
 Sin embargo vencía!
 Que lo nieguen, si no, Fuentes, Recacho,
 Páris, Porlier, Soto Maceda, Corio
 Y muchos otros más que comprendieron

Lo que el héroe valia
Su figura, al medir, incomparable,
Desde el mísero polvo que mordieron
Al golpe de su diestra formidable!

V

Pero el ángel del mal, el que propende
A la noche, al error, al retroceso;
El que á la luz y á la verdad remiso,
Con espada flamígera defiende
El hermoso dintel del paraíso
Que se llama Progreso;
El que entre nubes los espacios hiende,
Recorriendo veloz de polo á polo
El ancha faz del agitado mundo,
De heroismos en busca y de grandezas,
Para secarlas con su aliento inmundo
De envidias, y ruindades y vilezas,
Y donde algo se agita
De puro y noble, de ideal y santo,
Que casi va á brotar, que ya palpita,
Con negra astucia y dolo
Siembra la desunion, la lucha enciende
Y lo destroza sin piedad, tan sólo
La torpe planta con poner, maldita;
El que sus fuézas infernales mide
Siempre en contra del bien, y el adelanto,
Y la marcha triunfal del hombre impide,
Sin importarle el llanto
Que en las etapas del desierto deja,
Un instrumento tuvo en Iturbide,
Al encarnarse en el feroz Calleja:
Y desangrando, con la frente rota,
Donde la vida que se extingue aún late,
Envuelta en el turbion de la derrota
Luchó la Libertad, que sin escudo

Y ya por tierra la acerada cota,
Sigue siempre peleando y no se abate
Al golpe cruel de su enemigo rudo:
Cual gladiador que, de su causa ufano,
En la arena aparece del combate,
De roja sangre tinta, pero no harta,
Con ademan altivo y soberano
Recorre el redondel; breve momento
Que de la lid horrisona lo aparta
Contempla á su rival; las armas toma,
Y cae, y rinde su postrer aliento
Enseñando á morir como en Esparta,
Sin saludar al César, como en Roma!

VI

Y la lucha siguió. Las tiranías,
Si en derribarlas la razon se aferra,
Contados tienen sus brumosos dias
Y han de caer al fin. De parte á parte
Estremecida retembló la tierra
De Cuauhtemoc, de Hidalgo y de Morelos,
Y flotó por doquier el estandarte
En que la luz besaba de los cielos
Este lema bendito,
Que confunde al tirano y que le aterra,
Por todo un pueblo y con su sangre escrito:
"¡O vida ó muerte! ¡ó libertad ó guerra!"
A vencer ó á morir, con la bravura
Que en las entrañas late
De quien mira su patria en la amargura,
Señalando su puesto en el combate,
Cada cual se apresura,
Si á la ignominia y al baldon prefiere
Del siervo vil que al látigo se abate
Y que dobla al insulto la cabeza,
Una tumba ignorada, pero santa

Que el astro de la paz callado besa
 Y el rojo sol con sus destellos hiere:
 ¡Donde la flor de las campiñas brota
 Y el libre viento de los bosques canta!
 Sin que baste á impedirlo la derrota,
 Cada soldado que en la lucha muere
 Es un nuevo adalid que se adelanta
 Su sangre á derramar en la pelea:
 Así la augusta Libertad lo quiere
 Y al Eterno Hacedor así le plugo:
 Es forzoso que un pueblo digno sea
 De la fe y el valor de sus caudillos
 Para librarse del pesado yugo
 Que su cerviz oprime,
 ¡Con el hierro forjando de sus grillos
 Y el hacha y el puñal de su verdugo
 El vengador acero que redime!

VII

¡Oh Libertad, la que á los hombres prestas
 La talla y el aliento de titanes
 Para luchar con ánimo sublime!
 ¡Qué hermosa eres, pero cómo cuestas
 En cruentos sacrificios y en afanes!
 Para llegar á tí, la prometida
 Tierra de bendicion, refugio cierto
 De toda raza noble y oprimida,
 Hay que cruzar las olas del *Mar Rojo*,
 Que acrece sin cesar lucha homicida,
 Por ancho surco sobre sangre abierto,
 Y recorrer con varonil arrojo
 Las caldeadas arenas del *Desierto*.
 ¡Mas tu bendito triunfo es necesario,
 Para que brote el manantial de vida
 Esparciendo sus aguas á torrentes,
 Para que el sol de la igualdad alumbre,

Besando con su luz todas las frentes,
 Aunque convierta el suelo en un osario
 La torpe y farisáica muchedumbre
 Que atentó contra Cristo en el Calvario!
 No significa nada que vaciles
 El golpe al recibir de tu adversario
 En la tremenda lucha que provocas:
 ¡Indomable y audaz cual Prometeo,
 Tú, ni á traicion pereces, como Aquiles,
 Y si acaso en la lid la tierra tocas,
 Más arrogante te alzas, como Anteo!

VIII

Vencedor del Palmar; héroe grandioso
 De esa lucha, la lucha más gigante
 Que ha conmovido el mundo americano,
 Desde el terrible día
 En que brilló de Cuauhtemoc la hoguera
 Y en la patria infeliz del mexicano
 Dió principio la aciaga tiranía,
 Escribiendo su página primera,
 De amarguras presagio y de *Dolores*,
 Junto á la Libertad que. . . . ¡sonreía
 En un lecho de flores!
 Tú que á la lid valiente te arrojaste
 Y en el rudo fragor de la pelea,
 De tu deber y de tu honor esclavo,
 En todas ocasiones te mostraste
 Como tu raza, generoso y bravo;
 Digno campeón de la bendita idea
 Que sellar con tu muerte no lograste,
 Aunque el primero en la batalla fuiste
 Y jamas al peligro te negaste;
 Tú, que al ceñir la victoriosa palma
 Una vez más sobre la altiva frente,
 El cáliz apuraste del martirio,

En un cadalso al contemplar yacente
 La adoracion más íntima de tu alma,
 Y tu ejemplo, y tu orgullo, y tu delirio:
 Al recordar que sin secarse el llanto
 De tu dolor, y abiertas tus heridas,
 Pudo elevarse tu heroísmo á tanto
 Que noble vengas concediendo vidas
 Las matanzas de Cruz; esa figura
 Que reasume y encarna y representa
 La estupidez y la crueldad unidas;
 Tan vil, tan repugnante y tan impura,
 Que de su misma causa fué la afrenta,
 ¡En homenaje á tu esplendente gloria,
 Con los mismos acentos
 Con que á los hombres habla de Leonidas,
 En sus anales contará la Historia
 El sublime *Perdon de los trescientos!*
 Yo no; que deslumbrado y confundido
 Ante la luz y la grandeza tanta
 De ese rasgo, en los tiempos sólo tuyo,
 No acude á mi garganta,
 Como rugir del Tuxtla y del Jorullo,
 El homérico canto apetecido
 Que, eternizando tu memoria, sea
 Digna expresion de orgullo
 Que con asombro el Universo lea
 Y al rodar de los siglos no sucumba.
 ¡Por eso en este día
 Que al nacer te besó con sus fulgores,
 En que del Bravo á Yucatan retumba
 El himno inmenso de la Patria mia,
 Y en que la augusta enseña de Dolores
 En tu sepulcro venerado flota,
 Sólo vengo á rendir sobre tu tumba
 De mi ferviente admiracion las flores,
 Entrelazadas á mi lira rota!

Por el Estado de Chihuahua,
 JOSÉ MUÑOZ LUMBIER.

AL MAGNÁNIMO GENERAL

DON NICOLÁS BRAVO.

Trasíbulo venció la tiranía
 Del vil Lisandro en la gloriosa Atenas,
 Y en vez de promulgar terribles penas,
 Dió la ley del olvido, la amnistía.

Más generoso Bravo todavía,
 Al romper de su Patria las cadenas,
 No sólo dió la sangre de sus venas
 En aras de la idea que defendía;

Sacrifica también sus sentimientos,
 Pues venga de su padre el cruel suplicio
 Perdonando la vida de trescientos!

El Griego mereció toda alabanza:
 ¿Qué no merecerá tu sacrificio,
 ¡Oh! Bravo sin igual? ¿qué tu venganza?

Guanajuato, 1886.

NICÉFORO GUERRERO.